

Vuelo de mariposas (La comunicación íntima)

ANTONIO CASTILLO ALGARRA*

“**C**omunícate a ti mismo!”, grita esta mañana de septiembre como un eco del oráculo de Delfos. “Comunica tu intimidad!”, dice ya en un susurro la misma mañana desde una recoleta plaza que preside un busto de Azorín decrepito. Pero este susurrar no lo oyen los demás hombres, atareados, recelosos de la soledad y el silencio.

Crean los hombres de mi mundo que las nuevas tecnologías y la inflación informativa han dado en milagrosa simbiosis de la

comunicación y la vida, inviábiles la una sin la otra. El voluntarioso se anima: “Pero si hasta el correo electrónico nos ha devuelto la costumbre epistolar, y lo que veremos”. Yo no lo creo; lo digo y vuelvo la cabeza porque me parece oír el eco de unas voces infantiles que me gritan “el lo...co”, “el lo...co”, como le gritaban al autor del libro más bonito del mundo, cuando montado en su burrito, con barba nazarena y sombrero negro, pasaba entre los niños gitanos en Moguer.

* Escritor.

“*Platero y yo* o la soledad comunicada”, titulaba Julián Marías un artículo sobre Juan Ramón Jiménez. Siguiendo el oráculo de Delfos, “conócete a ti mismo”, me instalo en la necesaria soledad para ver cómo se han cumplido sus designios, y decido comenzar una búsqueda en la intimidad ajena tras dar en el libro de *Platero* que no es, en rigor, una autobiografía, ni unas memorias, ni unas confesiones.

Dicen los libros de historia que fue Arquíloco de Paros quien, hacia el 650 a. J.C., “dio a cuanto le sucedió expresión en sus cantos, poniendo siempre en primer término su propia personalidad. Y así es el primer griego a quien conocemos en su plena individualidad, como hombre de carne y hueso”(1).

Desde aquí parto a un itinerario íntimo, como la biblioteca propia, camino de aquellos hombres que buscaron su mismidad, y necesitaron comunicarla; primariamente a sí mismos, en unas hojas de papel; después, fortuita o muy intencionadamente, a sus contemporáneos, puede que a la posteridad. Pero tengo presente una advertencia de Marías en *Antropología metafísica*: “Sólo muy tardíamente —en la historia y en la biografía personal de cada cual— se manifiesta y hace presente la vida misma”. Atendemos, explica, a las realidades radicadas en ella, en mi vida —que es la realidad radical—, no a la vida misma. Esa “realidad elusiva que es la persona”, como repite a menudo Marías, se me presenta a mí tan frágil, tan imprevisible y tan hermosa como el vuelo de las mariposas —que son el alma— para Juan Ramón; si las cojo con la mano las dañaré.

La verdadera intimidad “nunca consiste en anécdotas ni indiscreciones”, sigo y no paro con Marías, sino en los proyectos más auténticos: “La vida es una operación que se

hace hacia delante. Ese ‘alguien’ es *futurizo*...; hacia el futuro ‘da’ la cara en que la persona se denuncia y manifiesta y por eso la cara es, entre las partes del cuerpo, la estrictamente personal, aquella en la que la persona se contrae y manifiesta, se expresa. En el rostro o persona se denuncia *ahora* — en realidad presente— el que será”. Pero mis contemporáneos, todo el día comunicados, no son muy comunicativos y menos de una intimidad que escasamente cultivan. Sin embargo, Marías, que por algo es un filósofo pronominal (como hubo otros existencialistas, fenomenológicos, escolásticos o materialistas) y vive según el verso de Pedro Salinas, en los pronombres (*Para vivir no quiero/ islas, palacios, torres./ ¡Qué alegría más alta:/ vivir en los pronombres!*), nos da esperanzas al constatar “la comunicabilidad de las circunstancias, que se manifiesta sobre todo en las formas del amor y la amistad”.

Una de las formas de esa comunicabilidad, acaso la más perfecta tras el amor y la amistad, es “el deseo de serenidad que es el escribir” (Ramón Gómez de la Serna). El itinerario íntimo por las palabras que algunos hombres escribieron de sí mismos, nos dicen que comienza de forma plena con Marco Aurelio. El serenísimo emperador romano escribió sus *Meditaciones*, quizá para su uso exclusivo, entre los años 170 y 180, en que murió. Son apuntes de trabajo intelectual — algo que es muy personal, desde luego—, recordatorios, reflexiones y amonestaciones a su propia persona. Pero Marco Aurelio es romano y como tal su genio nació para la vida pública(2).

Entre los años 398 y 400, San Agustín reza más que escribe *Las confesiones* —“quien quiera, pues, que yo sea, manifiesto que soy para ti, Señor”—, poniendo en papel por fin la “zona espiritual íntima y reservada de una persona o de un grupo” que según nuestro

Diccionario académico es la intimidad. A San Agustín tengo que volver, porque ofrece el más alto ejemplo de intimidad comunicada que pueda encontrarse.

El vuelo caprichoso de las mariposas me lleva mil trescientos setenta años más tarde, para ver cómo Rousseau casi las aplasta de un manotazo; *Las Confesiones* son la prueba clamorosa de la diferencia entre sinceridad y verdad. El jardín de la plaza en la que escribo me sugiere que se comparen con los *Diarios* de Jovellanos. Yo añado que *Las Confesiones* de Rousseau contrastan con la autobiografía de Goethe, “investigador” de sí mismo (Cansinos Asséns), *Poesía y verdad* (1811-1830).

Después del cristianismo como ámbito idóneo para la intimidad, hallamos la exigencia de verdad; que será en muchos casos la “verdad literaria”, una forma irreprochable de la verdad. Porque ¿cuál es el género literario más idóneo para comunicar la intimidad? Todo escritor se escribe a sí mismo más o menos conscientemente. Hay diarios, confesiones, pensamientos, memorias, autobiografías y, también, por supuesto, novelas, ensayos, teatro... y la poesía; pero esta última tiene algo misterioso, inaprensible, un sacrificio del escritor a las musas que nos lleva a columbrar que en la poesía está el poeta en su integridad, el poeta y mucho más. En cualquier caso, la fórmula de Goethe, “poesía y verdad”, vale para todos los géneros literarios y para todas las vidas.

“Mírala —le dice Juan Ramón a Platero—. Ya está aquí otra vez. En realidad son dos mariposas; una blanca, ella, otra negra, su sombra”. Entre 1847 y 1881, Amiel en su *Diario íntimo* dejaba que otra sombra más exagerada prevaleciese sobre la vida: la de la psicología. Desde entonces muchos hombres

han sido mirados con lupa —en ocasiones para bien—, es la lupa del psiquiatra.

Una de las miradas introspectivas más invasoras y atrayentes de nuestro siglo que acaba es “la mirada miope de Marcel Proust” (Marías), con su epopeya íntima *En busca del tiempo perdido* (escrita entre 1913 y 1922).

Antes que Proust, un escritor español, uno cuya figura de piedra me mira en el jardín de esta plaza, había sentado las bases de una escritura “personal” —en el sentido que poco después le daría Ortega—. Azorín publica en 1904 *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Ya desde sus libros anteriores y el resto de su vida (*Madrid, Valencia, Memorias inmemoriales*, y en cada uno de sus libros), Azorín daría el tono de la intimidad. Lo retoman algunos, entre ellos otros dos escritores que hacen trío intelectual con él: Ortega y Ramón. Éste en su *Automoribundia* (1888-1948) se reconoce en “mi íntimo e injustificado fervor —el que me va acompañando toda la vida—”.

Fervor que va más allá de uno mismo. Fervor ante la realidad. Temblor ante lo no visto e intuido. Marías recordó en un artículo(3) la cualidad que tenían en común Goethe, Ortega y Thornton Wilder, expresada en este prefacio de Wilder a su novela *Los idus de marzo*, al hilo de unos versos del príncipe de los poetas: “Del reconocimiento por el hombre con temor y temblor de que hay algo Incognoscible viene todo lo que es mejor en las exploraciones de su mente, incluso aunque ese reconocimiento quede con frecuencia desviado en superstición, esclavitud y excesiva confianza”.

Marías va en su obra más allá, hasta la intimidad última con Dios y la de los hombres que no acaba; imagina la “vida

perdurable”(4). San Agustín también lo hizo con Santa Mónica, su madre, muy poco antes de que ésta muriese: “Sucedió... que nos hallásemos solos yo y ella apoyados sobre una ventana, desde donde se contemplaba un huerto o jardín que había dentro de la casa... Allí solos conversábamos dulcísimamente; y olvidando las cosas pasadas, ocupados en lo por venir, inquiríamos los dos delante de la verdad presente, que eres tú, cuál sería la vida eterna de los santos, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre concibió. Abríamos anhelosos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos de tu fuente —de la fuente de vida que está en ti— para que, rociados según nuestra capacidad, nos formásemos de algún modo idea de cosa tan grande... Y mientras hablábamos y suspirábamos por ella, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón...”(5).

El rastro de las mariposas de esas almas, de esas vidas, me lleva a mirar a los hombres que me rodean, a desear que cultiven su intimidad como el jardinero solitario y risueño que riega a mis espaldas, y que acojan en ella a un puñado de hombres y mujeres, a aquellos que se hagan dignos de habitarla.

Antes de irme, una mariposa de tres colores se posa sobre el papel. Me quiere advertir de algo que sé: salvo Santa Mónica, no ha habido mujeres en este viaje. La intimidad puede ser el territorio de la mujer, tan suyo que ni necesite publicarlo. ¿Sigue ahí? Esto, como decía Rudyard Kipling, es ya otra historia.

Notas

(1) Historia Universal dirigida por Walter Goetz. Espasa-Calpe. Madrid, 1945. Tomo II.

(2) No es que Marco Aurelio no tenga una rica intimidad, es que no la reviven suficientemente sus *Meditaciones*. La intimidad de los romanos, particularmente la

de Julio César, nos la da a vivir mucho más perfectamente un autor de este siglo. Thornton Wilder en *Los idus de marzo* (1948).

(3) “El estremecimiento”, en ABC del 20 de marzo de 1997. La traducción del fragmento de Wilder es de Marías.

(4) Necesidad de Marías desde sus primeras obras, que culmina en cuatro fundamentales capítulos de *La perspectiva cristiana* (1999).

(5) Es el capítulo IX de *Las confesiones*, en la versión del padre Ángel Custodio Vega para la B.A.C.